

ción de antiguos poemas, que editó en 1941. Ahora, al hablar sobre «El Lirio», nuestro campo ha sido, como puede verse, más limitado que aquel de la poesía o ese que imaginábamos encontrar al leer su interesante obra que motivó estas líneas. Libro de interés científico, el del doctor Reyes encontrará una acogida más perfecta en fundamentos, más acabada en realizaciones objetivas de su género, que le compensarán a estas líneas que no pasan de ser las de un lector que en su sinceridad las expone.—VÍCTOR CASTRO.



LLAMADO DE SUPERACIÓN A LA AMÉRICA HISPANA, de don
Enrique Molina

«El llamado de superación a la América Hispana» lo pronuncia don Enrique Molina en nuestra Universidad el 14 de abril de 1942, con motivo de celebrarse el Día de las Américas.

Se trata de una pieza oratoria escrita con un estilo ágil, vibrante a veces, galano y limpio, un estilo que parece traducirnos esa madurez en que el escritor comulga sin esfuerzo con el idioma, porque se tiene entrañada la experiencia de aquello que nos comunica.

En poco más de una treintena de páginas, nos procura don Enrique Molina la visión histórico-cultural de los pueblos anglo e ibero-americanos, y anticipa algunas reflexiones acerca de nuestro porvenir (que será halagador en la medida que fluya libre y democrático).

No faltan, por cierto, antecedentes que determinen el desarrollo superior de los Estados Unidos del Norte con relación al de los en algún tiempo llamados Estados Desunidos de la América del Sur.

Los colonos ingleses huyen de la patria con el designio de mantenerse en la religión que propugnan. Ya en el Nuevo Con-

tinente, esta religión misma les permite conservar la recia unidad vital que los adoctrina y desvasta para el dominio de un suelo pródigo. No avanzan en la conquista de éste sin pertrecharse de antemano, sin adecuar las posibilidades al tamaño de la empresa: junto con la cultura del suelo proceden a preocuparse intensivamente de la educación. En lo actual, ella se supera en las Universidades, Institutos que se caracterizan por un fervor científico y humanista de carácter libérrimo, en absoluto a cubierto de intromisiones incompetentes.

¡Cuán otros la génesis y el desenvolvimiento de los Estados Sudamericanos! Los colonos iberos se dispersan a través de una naturaleza más o menos hostil (aun en gran parte «caótica y abrumadora»), sin que la ambición heroica que alimentan pueda fructificar con plenitud subsecuente. Desparramándose a lo largo de las regiones conquistadas, se debilitan. Urgidos por la necesidad de asegurar las sedes obtenidas, descuidan la educación. Constituyen, andando el tiempo, un puñado de pueblos autónomos (?) que por desgracia distan del sueño de Bolívar merced al triple ejercicio adverso del suelo, la historia y la incultura.

Los sudamericanos de hoy hemos tenido que hacernos cargo de una herencia poco feliz, a lo que se agrega, en especial para los pueblos del Pacífico, mayor dificultad en el comercio de objetos reales y espirituales con Europa, madre causativa de los bienes que felizmente las Américas tienden a producir cada vez con independencia más responsable, desde la esfera real física hasta la ideal psíquica.

Los pueblos hispano-americanos no están real ni sinceramente vinculados por el lazo vivo de la religión. Están postrados en un «indiferentismo delicuescente». ¿Qué pensaría de nosotros el autor de *La República*?

Si a todo esto agregamos la prevención y el desdén que se tiene por lo común en Sudamérica hacia el trabajo manual, la falta de iniciativa privada que es dable contestar en los diver-

esos órdenes de actividades a que los pueblos sudamericanos se entregan y la desproporción, en fin, tan descomulgada entre lo poco que éstos producen y lo mucho que consumen, llegaremos (según el pensamiento de don Enrique) a explicarnos la esencia de nuestra inferioridad: «Salta a la vista que el origen de las desventajas que con razón nos desazonan se halla en esta sencilla y trágica fórmula; *Somos civilizados para consumir y primitivos para producir*» (pág. 102). «La religiosidad de los católicos de Hispano América no tuvo por lo general esa entraña medular y dinámica que acabamos de ver (en los norteamericanos), y frecuentemente se ha deshecho en un indiferentismo delicuescente que nada con vitalidad moral ha sabido reemplazar» (pág. 97). «Será menester sumar en este recuento de causas diferenciales que el norteamericano para el logro de sus aspiraciones espera menos que el sudamericano de la protección y ayuda del Estado, y confía más en el esfuerzo e inventiva de su propia personalidad? ¿Y que—lo que es más laudable aun—no se deja dominar por prevenciones contra el trabajo manual y las profesiones de artesanía?» (Ibidem).

Conocidos estos antecedentes, podemos ya explicarnos de modo más o menos cabal los que determinan el fracaso del «sueño de Bolívar, sin abrigar «la menor suspicacia respecto del imperialismo norteamericano». Imperialismo que, por otra parte, niega don Enrique Molina, ya que desde el punto de vista jurídico «Imperialismo es la dominación que ejerce un Estado sobre otro u otros por medio de la fuerza» (pág. 101). Nosotros en cambio, seguimos pensando, acaso ingenuamente, que la fuerza de los pueblos se expresa en capacidades económico-culturales, y pensamos que cuando éstas se administran con maña y dolo, para absorber con mayor o menor violencia la que otros pueblos, bisoños aun, se estructuran con dificultad, hay imperio y mandato que imposibilitan la autodeterminación, que entran el progreso, que desvirtúan y hieren a las conciencias avisadas y jóvenes.

Al frustrado sueño de Bolívar, sigue la dorada realidad del «Panamericanismo»: «En cambio hemos abrazado el panamericanismo que ha empezado a tomar cuerpo con rasgos definidos desde la primera Conferencia Panamericana celebrada en Washington en 1890. El panamericanismo es un plexo espiritual, cultural y jurídico que une a las naciones del Nuevo Mundo. Conservando éstas su autonomía de entidades soberanas e iguales en derecho persiguen dentro de él su mejor conocimiento recíproco, el mantenimiento de la paz, el imperio de las normas jurídicas en sus relaciones y la ayuda mutua tras las finalidades del progreso» (pág. 105). El noble temperamento de don Enrique Molina tiene palabras de claro optimismo para saludar a una doctrina cuyo advenimiento ha de procurar el desarrollo por simbiosis de las aspiraciones americanas. Bella doctrina en efecto. Pero acaso fuera más hermosa a no mediar el pequeño inconveniente de las enormes diferencias que el propio Rector de la Universidad de Concepción ha señalado entre los pueblos de Norte y Sudamérica.

Y llegamos a un aspecto del «Llamado de «Superación» abiertamente estimable. Apoyándose en argumentos certeros y profundos, don Enrique Molina juzga el panorama de la literatura de Sudamérica para batir en brecha al criterio estético elemental e ingenuo que levanta a la categoría de paradigma y dechado las producciones del «criollismo», expresión artística de lo indígena, autóctono o vernáculo. No resistimos al deseo de transcribir algunos de sus juicios. A través de ellos, cobra don Enrique Molina en este discurso su dimensión alta como pensador y estilista: «Una genuina cultura tiene que arrancar de una comunión, de un amoroso abrazo del hombre con la tierra. El hombre debe labrarla no sólo para buscar la riqueza cruda, sino con la adoración apasionada que hace del trabajo una función religiosa, con la emoción de quien siembra la vida, de quien busca la vida. También el minero puede ahondar en la tierra con sentido religioso: él es el descubridor de horizon-

tes interiores del planeta, el mago que en un puñado de piedras trae imanes y talismanes para los corazones, trae el secreto de trasmutaciones del tiempo.

Los jugos de la tierra, el ambiente, no pueden dejar de plasmar, en cierto sentido, las expresiones de los espíritus que se nutren en ellos. Tal vez por esta razón el alma americana es, como dice el escritor del «Itinerario de América», enmarañada, y agregaríamos triste, porque la naturaleza del nuevo mundo es aun caótica y abrumadora. Pero la tierra «nutricia y caótica», mientras no deja de ser esto último no pasa de la categoría de fuente de inspiración y no para todo el ámbito de las creaciones humanas, sino principalmente para las de orden literario y musical. La imponente selva ha dado lugar a «La Vorágine», los llanos a «Doña Bárbara», la pampa a «Don Segundo Sombra», y nuestros mares, valles y montañas a las interpretaciones de Baldomero Lillo, Mariano Latorre, Luis Durand, Domingo Melfi, Marta Brunet, Fernando Santiván, Gonzalo Vera, Coloane y tantos otros.

Aspecto esencial de la cultura es, precisamente, la dominación del caos, y sería un malgastar inútil e infructuoso de energías prescindir, para tan gigantesca empresa, de los recursos, instrumentos, y técnica de culturas anteriores» (págs. 114-115).

Así es verdad. Cultura es dominio de la naturaleza. Es obtención y expresión de dominio. Cuantos contamos con un desarrollo estupendo del espíritu proyectado en tantas y tantas obras que nos hablan de su primor y excelencia, parece de una rusticidad nociva y peligrosa para el hombre sudamericano renunciar a los veneros u hontanares de la civilización occidental.

Aparte los graves inconvenientes que desde el punto de vista disciplinario contienen las referencias de mentalidades tan evolucionadas como las que más a asuntos de suyo simples, la literatura llamada criollista acoge con entusiasmo no muy laudable las expresiones del habla popular que, aunque a las veces sabrosas contribuyen a perturbar el crecimiento unitario de

la lengua. Esto es más importante de lo que pueda parecer a un observador superficial. La capacidad vital de un pueblo está en razón directa con la consistencia, acabamiento y difusión de la base indispensable de sus instituciones: el idioma. Por donde se concluye de modo categórico que en arte hacer «criollismo» es debilitar la cultura. En reiteradas oportunidades hemos recordado que la vida urge, que ella exige un ritmo infatigablemente móvil de superación, que es delictuoso embobarse en lo que es futil, primerizo, superado, inactual.

No hay, en rigor, sino una fuente de inspiración: la que el hombre procura. Si la escogemos honda, hemos de tomarlo en toda su complejidad; esto es, en el medio social más evolucionado. Hemos de cogerlo con la congoja de sus problemas, multívocos, anchos, universales. Sudamérica—se ha dicho con voz masculina— para la humanidad. Esto quiere decir, escueta y sencillamente, que hemos contraído el compromiso de dilatar las regiones del espíritu; mal podemos hacerlo contribuyendo a su limitación.

El discurso de don Enrique Molina va a terminar, y con ello nuestro comentario.

Don Enrique renueva al término de su brillante peroración su conocida fe democrática. Cree en un porvenir espléndido para las Américas. Aunque nosotros no somos tan optimistas, celebramos y propugnamos tan caro designio desde las barricadas todas de la cultura,

Don Enrique Molina, con decidida elegancia, expresa que «ante el altar de la verdad» debe inclinarse para reconocer la filiación totalitaria del bolchevismo, que junto con el naci-fascismo, amagan la existencia de la democracia. Que nos permita también don Enrique Molina—se lo pedimos con emocionado respeto—inclinarnos ante el ara sacra regada en holocausto a la más pura y alta democracia, por la sangre amable, cordial, valiente del pueblo ruso. Y que nos permita cerrar, en homenaje a la altura de este pueblo grande, nuestro débil comentario

con el aliento fuerte del poeta que se abrasa en auténtico fuego democrático;

«Honor al combatiente de la bruma,
honor al comisario y al soldado,
honor al cielo detrás de tu luna,
honor al sol de Stalingrado».

MARIO OSSES.



BIOGRAFÍA DE LA CUECA, por *Pablo Garrido*. Editorial Ercilla, 1943

El autor es bastante conocido entre nosotros, tanto por las publicaciones que sobre música ha hecho, como por ser Director de una Orquesta que ha recorrido gran parte de las ciudades chilenas. Además se le conoce y admira, como nosotros, en varios países americanos donde se ha dado a conocer como un buen intérprete de la música negra, y de las autóctonas de América. Pablo Garrido tiene un caudal de cultura musical como pocos Directores de Orquesta para baile. Sus viajes por América y Europa le han dado una visión personalísima de la música y letra folklóricas. De sus estudios y observaciones hechos en los diferentes viajes por nuestras ciudades ha resultado su «Biografía de la Cueca». O sea la descripción y vida de este baile nacional.

Pablo Garrido además de recoger visualmente material para su Biografía, le hemos visto desde largo tiempo hojeando folletos, cancioneros, diarios, etc., en la Biblioteca Nacional. Le hemos visto tardes enteras, seguramente, tras un dato, en revistas o diarios tan antiguos como descuadernados. (Pablo Garrido no conoce al que este comentario escribe). Sí. Admiramos al autor de esta «Biografía de la Cueca», por su trabajo de in-